

PEREZ VILLANUEVA, Joaquín: *Ramón Menéndez Pidal, su vida y su tiempo*. Prólogo de Rafael Lapesa. Espasa-Calpe. Madrid, 1991. 571 págs.

Este libro es algo más que una biografía. Es una cumplida investigación sobre un siglo de historia contemporánea. Iniciativa conjunta de las fundaciones Areces y Menéndez Pidal en diciembre de 1987, su elaboración fue encomendada con pleno acierto al catedrático y académico Joaquín Pérez Villanueva, que por espacio de cuatro largos años se ha aplicado con entusiasmo a la consulta de archivos, hemerotecas y bibliotecas, y muy especialmente de la ingente documentación conservada en el archivo pidaliano de Chamartín. La riqueza del mismo es tal, singularmente en series epistolares y anotaciones personales hasta el momento inéditas, que en ocasiones tenemos la impresión de estar leyendo una autobiografía, a lo que coadyuva la deliberada voluntad del autor de hacer hablar al protagonista cada vez que resulte factible.

La necesidad de esta sólida monografía se dejaba sentir desde hace tiempo, dada la relevancia de don Ramón Menéndez Pidal –fallecido hará pronto un cuarto de siglo– en el panorama intelectual español contemporáneo. Hoy más que nunca, en razón de la magnitud y vivencia del legado cultural pidaliano, se impone exhumar la personalidad, vida y obra del gran maestro, así como la formación y evolución de su pensamiento, máxime por cuanto –como subraya Rafael Lapesa en su penetrante prólogo a este libro– «...principios teóricos fundamentales asentados por Menéndez Pidal hace más de sesenta años corren ahora con nomenclatura diferente como novedad atribuida a investigadores no hispánicos».

Objetivo básico del autor es hacer la biografía del maestro, dado que el estudio de su aportación científica será materia de otro grueso volumen, desglosado en sendas partes incidentes sobre la historia de España, la lingüística y la historia de la literatura. Correrán a cargo, respectivamente, de Pérez Villanueva, Francisco Abad Nebot y Manuel Muñoz Cortés, tres directos discípulos del sabio filólogo e historiador. A su vez la obra llevará como apéndice la bibliografía completa de don Ramón, recopilada por María Luisa Vázquez de Parga.

En el volumen inicial ahora recensionado, Pérez Villanueva ha sabido conjugar hábilmente la difícil técnica de la biografía, que por lo demás domina a la perfección como tiene demostrado en las aportaciones en su haber sobre personalidades angulares del acontecer español moderno, con un conocimiento profundo del entorno histórico del biografiado, fundado en personales percepciones y en una importante documentación de primera mano. El resultado está a la vista. Un trabajo de alta investigación pero con intenciones vulgarizadoras, de impecable factura, novedosos contenidos y apasionante lectura que nos introduce paso a paso en el mundo a un tiempo próximo y lejano de Ramón Menéndez Pidal. En su pensamiento, carácter, costumbres, estilo, ritmo de vida y trabajo, y entorno familiar y profesional, pero también en los entresijos de la

España cambiante y diversa que le tocó vivir, y a cuya vertebración contribuye de forma destacada.

Como historiador es esta última dimensión la que me ha atraído más poderosamente. Sobre todo cuando se refiere a las transformaciones sociales, dinámica política y panorama cultural de un mundo que, definitivamente, ha ido quedando atrás, y del que sólo poseemos un conocimiento indirecto quienes hemos nacido iniciados ya los años cuarenta de este siglo. Así la España del Sexenio, la Restauración, Alfonso XIII, la República, la Guerra Civil y el primer franquismo, de que Pérez Villanueva nos ofrece testimonio vivo y palpitante a través de datos nuevos extraídos de fuentes orales y de la rica documentación consultada.

Ante el lector desfila en apretado retablo y sucesivas secuencias el desenvolvimiento y los quehaceres cotidianos de una familia media en su itinerante peregrinar por la España del tercio final del siglo XIX, ofreciéndonos cabal semblanza de lo que debió ser la vida española urbana de la época, etapa inseparable del prolongado y apasionante proceso formativo del futuro polígrafo. En los setenta años siguientes –don Ramón falleció en su casa de Madrid en 1968 cuando le faltaba un año para cumplir el siglo– Menéndez Pidal aparece ya en el centro del discurso, emergiendo cada vez con mayor nitidez su figura diminuta y frágil pero también gigante y perdurable.

Pasajes como los referidos a los padres del eximio polígrafo gallego, al paso de éste por la Universidad, a sus maestros y condiscípulos, y luego a sus colaboradores y alumnos, su talante discreto y tolerante, su proverbial sobriedad e inclinación por el contacto con la naturaleza, su entorno familiar y profesional, y sus viajes dentro y fuera de España –algunos tan emotivos como los realizados en pos de la ruta del Cid, los que le llevaron en varias ocasiones a América o el que hizo a Israel buscando a Sefarad poco antes de su muerte– son páginas de apasionante lectura. Pero sobre todo las que nos muestran al maestro en su quehacer cotidiano como investigador constante o infatigable. Porque don Ramón Menéndez Pidal, aunque escéptico en materia religiosa –siquiera durante gran parte de su vida– fue un firme seguidor del sublime mensaje evangélico de la redención humana y el *paraíso recuperado* mediante la voluntad y el trabajo.

Juan Bta . Vilar

SANCHEZ JIMENEZ, José: *La España Contemporánea*. Istmo, Madrid. 1991, 3 vols.

Este libro es un acabado manual de historia. También una meditada relectura que revisa conceptos, desecha tenaces mitos, incorpora dimensiones nuevas de las temáticas y cuestiones planteadas a la vida, no ya de «las últimas investigaciones» al uso, sino de una exégesis minuciosa y detenida de cuanto se ha publicado hasta el momento,

y que nos brinda la más actualizada bibliografía, en la que con juicio certero se conjugan aportaciones de interés permanente con las de más reciente aparición.

Muchas son las horas, más bien diría años, que hay detrás de estas 1.500 páginas de apretado y bien meditado texto, fruto de innumerables lecturas. Un esfuerzo de tal magnitud sólo es posible en quien suma a una formación multidisciplinar y a largos años de experiencia docente, una nada común laboriosidad, el más exigente rigor metodológico y una excepcional capacidad de síntesis, cualidades todas ellas acreditadas por una ejecutoria profesional ejemplar y por una nutrida y selecta producción científica.

Resultado de todo ello es la visión integradora de nuestro mundo contemporáneo, no reñido con la más alta especialización en sus diferentes parcelas. Desde lo que pudiera conceptuarse como demografía histórica e historia social y económica, a la historia política, de las ideas, cultural, tecnológica, científica, de las instituciones, de las formas de religiosidad o de las relaciones internacionales. Por no hablar de frecuentes conexiones de la historia con otras ciencias, como pueden ser la antropología, la sociología o la economía, por mencionar tres de las más próximas a nuestra disciplina.

Con pleno acierto el autor cuestiona la «contemporaneidad» de los últimos doscientos años de nuestra historia, al menos considerados en bloque, cuando ciertamente el sentido de lo «contemporáneo» no puede remontarse más allá del mundo en que vivimos, o del que tenemos un conocimiento directo. En este sentido difícilmente podríamos entender como «contemporáneo» el siglo XIX. Esto trae a colación despropósitos tales como el vigente Programa de «Historia del Mundo Contemporáneo» de COU, orientado desde el BOE, con el que se obliga al alumno a estudiar como «contemporáneos» nuestros a Metternich, Napoleón III y Bismarck, pongamos por caso, en tanto por recortes de última hora en la programación o limitaciones del calendario quedan fuera Roosevelt, Mao Tse Tung o Stalin, por no hablar de Kennedy o Gorbachov, más próximos todavía al momento presente.

Sánchez Jiménez no prescinde, empero, de la fase ochocentista, aunque sólo sea porque la realidad histórica actual, hoy por hoy, resulta incomprensible sin la visión integradora de la centuria precedente. Sin embargo debemos convenir en que el siglo XIX –hasta 1918 aproximadamente– va camino de convertirse en algo así como un espacio neutro no reclamado por nadie.

Igual sucede al plantearse la conveniencia, también por imperativos didácticos, o si se quiere «acomodación académica», de optar por periodificaciones históricas convencionales, separadas por etapas transitorias de duración diversa, según los criterios seguidos en esa segmentación, sin perjuicio de entender los fenómenos y eventos históricos, parcelados o no, como elementos indivisos dentro del todo de que forman parte. En este sentido el autor divide la España contemporánea en ocho bloques temáticos, cronológicamente sucesivos, que se abren con una ajustada panorámica del Antiguo régimen en España en las décadas finales del siglo XVIII. Sigue la crisis liquidadora

del mismo en el tercio inicial de la centuria siguiente, la Revolución burguesa en su doble etapa liberal y democrática entre 1833 y 1874, la Restauración, la crisis de la Monarquía parlamentaria, su quiebra con el ensayo autoritario primorriverista, la segunda experiencia democrática española entre 1931 y 1939, y la rotulada como «Epoca de Franco», de involución político-social y desarrollo económico, con su epílogo transitorio a la actual situación democrática.

El hilo vector de todo el proceso, que Sánchez Jiménez inserta acertadamente en su entorno internacional, será el denodado esfuerzo de modernización desplegado por los españoles con variable éxito en los últimos doscientos años, en condiciones, hay que decirlo, con frecuencia especialmente difíciles, tanto por condicionantes endógenos, —enfrentamientos ideológicos, guerras civiles, involuciones políticas, agitaciones sociales, cuestiones coloniales, desequilibrios interregionales, aislamiento, pobreza y atraso del país— como por circunstancias internacionales poco propicias.

Las claves de ese proceso en su ritmo y balance final vienen dadas por el siglo XIX, un argumento más para integrarlo en el todo contemporáneo, como viene haciéndose hasta el momento. «Hay en primer lugar —apunta el autor—, un problema de atraso, o de marcha más lenta, en la recepción y aplicación del conjunto de transformaciones que constatan el paso del Antiguo al Nuevo Régimen; un problema del Norte concretado primordialmente en la resistencia de los navarros y vascongados a integrarse en la Revolución liberal, centralizadora, uniformizadora, que se establece a partir de 1833, y un problema del Sur y Suroeste planteado por la extensión del latifundio y las condiciones de vida del bracero; un problema nacional, determinado por el surgimiento en el último cuarto del siglo de lenguas y culturas diferenciadas que quieren gozar de identidad dentro del conjunto de España; y un problema constitucional, resultado de la difícil y compleja articulación de un Estado en medio de regiones, comarcas y situaciones plurales que van a imponer por la misma época una inestabilidad política o el recurso a fórmulas sustitutorias del normal mecanismo político constitucional, como la ficción electoral y la práctica caciquil».

A ello, cabe sumar, como subraya el propio autor, el secular aislamiento de España como resultado de la primacía de la política interna respecto a la internacional; la atención prioritaria, a veces absorbente, a cuestiones coloniales —Cuba sobre todo—, y el escaso interés de las grandes potencias europeas en asociarse con una potencia secundaria como España, geográficamente marginal, de proverbial inestabilidad política y con graves problemas ultramarinos.

El siglo XX, cuya definitiva andadura en nuestro país se dejará esperar hasta los años treinta con la segunda experiencia democrática en la historia española —la II República—, de aceleración del proceso modernizador, singularmente en los planos ideológico y político-institucional, se verá finalmente frustrada por la guerra civil de 1936-1939 y la subsiguiente involución. Pero aún permaneciendo tales condicionamientos adversos,

desde mediados los años cincuenta y sobre todo en las dos siguientes décadas, España logrará un desarrollo económico que la ha aproximado a los países occidentales de vanguardia —¿décima potencia industrializada mundial hacia 1975?—, haciendo ahora su verdadera revolución industrial, que no la del pasado siglo, tardía, incompleta y pródiga en desequilibrios de todo orden, en tanto al variar positivamente las circunstancias políticas, muy especialmente a partir del expresado año 75 con la liquidación de la dictadura, España se homologa plenamente con las restantes democracias, y sin abandonar su secular proyección exterior orientada a Iberoamérica y en menor medida al inmediato Mágreb y al resto del mundo árabe, reafirma su vocación europea y coadyuva a la construcción de la nueva Europa, acaso llamada a recuperar en un día no lejano su perdido protagonismo en el concierto internacional.

Un buen índice temático, y las excelentes orientaciones bibliográficas que siguen a cada uno de los diecisiete capítulos, facilita y simplifica el manejo de esta densa, sugestiva y lograda obra, útil instrumento de trabajo para el lector universitario más exigente, pero también de atrayente lectura para el amplio sector del público interesado por los estudios históricos.

Juan Bta. Vilar

DE LA GRANJA, José Luis y REIG TAPIA, Alberto (eds.): *Manuel Tuñón de Lara. El compromiso con la Historia. Su vida y su obra*. Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco. Bilbao. 1993, 533 págs.

Necesario y novedoso por su tratamiento, este libro de homenaje es dedicado a estudiar la vida y la obra de Manuel Tuñón de Lara, profesor de Historia y Literatura Españolas en la Universidad de Pau (1965-1981) y catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco (1983-1991). Se trata de uno de los historiadores que mayor influencia han ejercido en la historiografía española contemporánea desde los años sesenta hasta la actualidad. Sus numerosos libros y artículos, así como los Coloquios de Historia dirigidos por él han abarcado la España de los siglos XIX y XX en su pluralidad y complejidad. Junto con ello, y como con todo acierto ha subrayado el profesor Jover, se afirma también algo que no siempre es dado al historiador español de talla: la formación de escuela, fruto conjunto de una concepción de trabajo como obra de equipo y de una siempre diligente atención a la labor de los demás.

Como señala Laín Entralgo en el prólogo a la obra, nos encontramos ante una bien ponderada combinación de recuerdos, actualización y ofrecimiento, realizada por discípulos directos o indirectos del homenajeado. Se presenta así el balance de una prolífica obra, estudiándose sus aportaciones a la historiografía desde una pluralidad de enfo-

ques y perspectivas. De ahí, que junto a varios profesores de Historia Contemporánea, haya otros de Historia Moderna, Historia y Filosofía del Derecho, Historia y Estructura Económicas, Historia de la Literatura y de la Prensa, Historia del Pensamiento Político y de los Movimientos Sociales, Ciencia Política y Derecho Constitucional. En este sentido, el libro es también *lugar de encuentro*, como lo fueron los célebres Coloquios de Historia que organizó en Pau en los años sesenta, continuados después en Madrid, Segovia y Cuenca.

La miscelánea se divide en cuatro partes bien diferenciadas. En la primera se trazan las líneas maestras de la trayectoria vital e intelectual de Tuñón. La tarea –asumida por los profesores José Luis de la Granja y Alberto Reig Tapia– se revela como fundamental, ya que su labor ha estado condicionada por las coordenadas históricas que le tocó vivir: la ilusionante Segunda República, la cruel Guerra Civil, la dura posguerra y el largo exilio durante la Dictadura franquista.

El segundo bloque, la parte central, está dedicado a ensayos historiográficos y semblanzas. En el primer aspecto, el más relevante, se destacan los trabajos de Julio Aróstegui sobre la obra de Tuñón y su lugar en la historiografía marxista, de Manuel Pérez Ledesma sobre su aportación a la historiografía del Movimiento obrero y el estudio de Aubert y Desvois sobre el ámbito de la historia de la cultura.

El contenido de la tercera parte es documental, presentándose una selección (no una antología) de textos del propio Tuñón de Lara, siguiendo dos criterios: ser recientes (están escritos entre 1980 y 1991) y haber sido poco divulgados, pese a estar publicados la mayoría de ellos.

El libro se cierra con una cronología de su vida y una detallada bibliografía, recopilándose no sólo todas sus obras historiográficas, sino también muchos de sus artículos periodísticos, muy numerosos durante su exilio en París.

Está escrito este libro ciertamente desde la amistad, lo cual en modo alguno es obstáculo para el rigor en el análisis que caracteriza al oficio de historiador, condición ésta común a la mayoría de los colaboradores del volumen.

Pedro María Egea Bruno

Juan Bta. VILAR: *Los murcianos y América*. Prólogo de M. Hernández Sánchez-Barba. Mapfre, Madrid, 1992, 488 págs.

Juan B. Vilar, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Murcia, expone en este interesante libro un sólido trabajo de investigación totalmente original e inédito, pionero en su campo y sin antecedentes, que abre nuevos caminos en la investigación regional española a partir de la consulta y utilización de una rica documentación

de archivo y de una compleja bibliografía. Se trata de una investigación que tiene una doble trascendencia historiográfica: por un lado, es un trabajo fundamental sobre la historia de la región murciana, mostrando un aspecto hasta ahora prácticamente desconocido de tal región, como es la contribución de los murcianos a la empresa descubridora; y por otro, desde la perspectiva del Nuevo Mundo, se contempla la acción colonizadora como una actuación de conjunto de todos los españoles, completándose con la aportación de una región que hasta ahora se consideraba casi marginada en tal tarea. Es este aspecto el que comienza destacando el Prof. Dr. Mario Hernández Sánchez-Barba en el Prólogo del libro, al escribir cómo «la pretendida marginalidad de Murcia en la obra de España en América» queda absolutamente descartada con este trabajo.

El libro ofrece una acertada planificación y se encuentra perfectamente estructurado, desarrollándose su contenido a lo largo de diez densos capítulos, tras el citado Prólogo y una Introducción del propio autor en la que expone la justificación de esta obra e incide sobre la misma idea, ya señalada, de que «Murcia ha sido tenida hasta el momento como región fundamentalmente periférica en la obra española en América», y ello por cuatro factores principales: en primer lugar, el geográfico, por su emplazamiento en el ámbito mediterráneo, al margen de las grandes rutas atlánticas; en segundo, la débil demografía de la región hasta el tercio inicial del siglo XIX; en tercer lugar, el carácter prioritario que siempre tuvo para la región murciana su contribución a los compromisos navales y militares de la monarquía en el Mediterráneo; y en cuarto, el hecho de que Murcia haya tenido sus Américas bastante más cerca: en la propia región, en el norte de Africa –Argelia francesa–, en Cataluña y Francia así como en otros países europeos. A pesar de todo ello, concluye el autor, hay que aceptar la existencia «de un pasado común entre nuestra región y el mundo americano» que continúa exponiendo al tratar, en general y en la misma Introducción, sobre América vista desde Murcia, de los pasajeros a Indias a los inmigrantes en Iberoamérica, y la huella murciana en la toponimia ultramarina y la indiana en Murcia.

Tras la citada y completa Introducción, la obra se inicia con el estudio de «La región de Murcia», que constituye el capítulo I, en el que se fija, en sucesivos apartados, la identidad histórico-cultural de Murcia y su región –que es el resultado de todo un proceso histórico secular a lo largo de las Edades Media y Moderna–, el marco geográfico, su carácter de región de emigración, de la frontera a la Ilustración, y la Murcia contemporánea. La parte central del trabajo, con el análisis de Murcia y América durante el siglo XVI, está contenido en los capítulos del II al VII, comenzando por estudiar «Murcia en la empresa del Descubrimiento», donde se señala la presencia tanto de los Reyes Católicos como de Colón en Murcia a finales del siglo XV, los «Murcianos en el Descubrimiento de América», con la participación en los primeros viajes de Colón de los murcianos Luis de Torres y Diego Pérez y del cartagenero Juan Vizcaíno.

Seguidamente se trata sobre «Pasajeros murcianos a Indias a lo largo del siglo XVI», tanto a las islas del Caribe como a Tierra Firme, y otros lugares de América central, para después pasar a Nueva España, Perú y otros territorios de América del Sur: «En la cornisa caribeña de Sudamérica» y «En la América meridional y el Pacífico», desde Nueva Granada al Amazonas, Río de la Plata y Chile, así como a Filipinas y Oceanía, y en el primer viaje de circunnavegación del globo.

Los tres últimos capítulos, del VIII al X, están dedicados a Murcia y América en los siglos XVII y XVIII, continuando así el trabajo con el estudio de los «Pasajeros a Indias en el Barroco y el Siglo de las Luces», los «Funcionarios, marinos y soldados murcianos al Nuevo Mundo en los siglos XVII y XVIII» y «Literatos, artistas y eclesiásticos murcianos al Nuevo Mundo en los siglos XVII y XVIII. Protagonismo de franciscanos y jesuitas en América y Filipinas». El libro finaliza con un extenso y denso Epílogo dedicado al análisis de «Las emigraciones laborales y políticas contemporáneas», en el que trata sobre la emigración española a Iberoamérica, con la tardía incorporación de Murcia al ciclo migratorio americano ochocentista, la incidencia del 98 sobre Murcia y su región, las emigraciones laborales murcianas a Iberoamérica en el siglo XX, y las emigraciones políticas contemporáneas, con el exilio de 1939 y su repercusión cultural.

La obra se enriquece, por último, con la inclusión en sus páginas finales de una serie de Apéndices que contienen un conjunto de microbiografías, una relación de Fuentes documentales y bibliográficas, y sendos Índices de gráficos, onomástico y toponímico.

José U. Martínez Carreras

F. OLIVER ALCON - F. MARTINEZ FRESNEDA (Edts.): *América. Variaciones de futuro*. Instituto Teológico Franciscano/Universidad de Murcia, Murcia 1992, 964 pp. 17 x 24 cms.

A un año de la celebración del V Centenario, resulta inabarcable la plural y variada producción bibliográfica que en torno a él se ha llevado a cabo. Lo publicado admite todo tipo de calificaciones.

En la obra que nos ocupa la calificación no solamente es alta, sino que la obra aspira a ser una de las más consistentes dentro de las publicaciones sobre el V Centenario. Su relevancia se debe, en primer lugar, al *carácter interdisciplinar* que la impregna. Derecho, literatura, política, filosofía, teología, historia y franciscanismo son las disciplinas que los A. abordan al tratar del complejo y rico universo sociocultural iberoamericano de anteayer, ayer y hoy, orientado al futuro. Hacer memoria de la historia, susci-

tar el recuerdo colectivo de un pueblo, el iberoamericano, son las claves de los estudios aquí reunidos, que nos permiten descubrir la identidad y singularidad de Iberoamérica.

Se trata de una memoria crítica y subversiva, subraya uno de los autores, J. B. Metz, que ajusta las cuentas con el pasado y se muestra exigente con el presente y el futuro. En segundo lugar, la consistencia de la obra proviene del tratamiento sereno y la aproximación científica y objetiva: herramientas que los distintos autores han sabido perfectamente utilizar. La amplitud de los temas abordados: desde la Declaración de Guadalajara hasta las bases políticas, culturales y económicas de Castilla en la época del Descubrimiento, con las perspectivas de futuro que ofrecen las relaciones de España con Iberoamérica: desde la Filosofía y Teología de la Liberación y su incidencia de futuro para la Iglesia y Pueblos Iberoamericanos hasta las aportaciones que el pensamiento, el cristianismo y los franciscanos, como la misma Provincia de Murcia, en alguna medida, han dado, y pueden ofrecer aún, a la identidad de unas etnias en el contexto de una cultura actual.

La especial significación de la obra se debe, en tercer lugar, a los A. que escriben, todos ellos verdaderos especialistas en sus respectivos campos y cualificados universitarios que simultanean la docencia con la investigación. A los profesores de la Universidad de Murcia (V. Cervera, C. Gutiérrez Espadas, G. Landrove, A. Martínez Blanco, A. L. Molina, V. Polo, J. Bta. Vilar) y del Instituto Teológico (J. Hdez. Valenzuela, F. Marín, F. Mtnz. Fresneda, M. Moreno, F. Oliver, P. Riquelme, R. Sanz), se unen los de la Universidad Pontificia de Salamanca (Martín Hernández, Borobio, Pikaza), Universidad de Comillas (Tornos y Losada), Universidad Complutense, UNED, I. Teológico de Madrid, como E. Warleta, de la OEI, J. A. Merino, de Roma, J. G. Bougerol, de París, J. B. Metz, de Münster, J. Moltmann, de Tübingen, como los reconocidos autores americanos, M. Hoornaert, E. Dussell y L. Boff.

Aunque en todos ellos aparece el discurso histórico como sostenedor de sus reflexiones, merece destacar a E. Dussel con su nueva reflexión sobre la «Hipótesis para una Historia de la Iglesia en América Latina»; a E. Hoornaert que ofrece la revisión del *Proyecto de Historia de la Iglesia*, refiriéndose a los contenidos, a su periodicidad y destinatarios; a J. Bta. Vilar en su excelente exposición sobre las crisis económicas de la Argelia francesa en el siglo XIX y la saturación inmigratoria de Cataluña en la década de 1890, que impulsan la emigración murciana, dirigiéndola hacia Brasil y las Repúblicas del Plata, además de México, Cuba, Venezuela y Chile; también las monografías de L. Mantilla sobre la importancia de Murcia en Colombia, y la de P. Riquelme, sobre la aportación de la Murcia franciscana en la restauración y autoctonización del franciscanismo centroamericano.

Finalmente con esta obra interdisciplinar se avanza hacia una consolidación de la política de colaboración que se está llevando entre el Instituto Teológico Franciscano y la Universidad de Murcia. Dos entidades al servicio de la cultura y del pensamiento

murciano que, en este caso, se constituyen como fuentes de iluminación para una mayor comprensión objetiva y generadora de esperanza para estos pueblos iberoamericanos

*P. Riquelme Oliva*

RIQUELME OLIVA, P.: *Iglesia y Liberalismo. [Los franciscanos en el Reino de Murcia (1768-1840)]*. Publicaciones del Instituto Teológico Franciscano, Edt. Espigas, CAAM, Murcia 1993, XXVII, 601 pp., 25 x 18.

La historia de la Iglesia en la España contemporánea se ha ido enriqueciendo, de un tiempo a esta parte, con importantes monografías y publicaciones de fuentes. Gracias a estos estudios hoy es posible conocer con más claridad unos hechos históricos que hasta hace poco estaban borrosos por falta de datos o deformados por exceso de tópicos. A pesar de todo queda muchísimo por hacer en la investigación histórica sobre nuestra Iglesia. Este libro de Pedro Riquelme Oliva es una aportación preciosa en esta tarea. Sólo por ello merece una cordial acogida.

Sin un conocimiento sereno y profundo de nuestra historia religiosa nunca llegaremos a comprender debidamente la historia de España en su totalidad. Para la Historia contemporánea el conocimiento de la historia religiosa es, si cabe, aún más necesario. La dinámica histórica de los dos últimos siglos puede considerarse como un proceso de secularización creciente, en el que el estado, la sociedad, la política, el pensamiento y la cultura se organizan con progresiva independencia de la tutela eclesial. Este gran movimiento de emancipación despunta en España con los orígenes de la revolución liberal y la crisis del Antiguo Régimen. Este libro se ocupa de ese momento trascendental, en el que la Iglesia española recibe las primeras aportaciones en un sector de su clero y en una parte de sus bienes. Es el prelude de un proceso de reformismo estatal sobre la Iglesia, primera fase de una secularización de alcance más extenso y profundo.

La acción de la Iglesia durante la crisis del Antiguo Régimen ha sido interpretada a veces de manera muy simple. Se ha visto en ella la víctima paciente de la revolución liberal, o el agente reaccionario de la contrarrevolución. Sin embargo, cuando se analiza la historia de la Iglesia con rigor y tino, como se hace en este libro, aparece una realidad mucho más sugestiva y compleja, incluso cuando se examina la trayectoria de los órdenes religiosos, que aparecen como la condensación de la religiosidad antigua y el objetivo prioritario de los innovadores. Antes de que se implantaran las reformas que los liberales impusieron a los religiosos, hubo planes de reforma desde dentro de las mismas órdenes. Durante las reformas liberales, hubo eclesiásticos y frailes que se sintieron a gusto con ellas, que las fomentaron o que, al menos, intentaron encajarlas. Después de las reformas liberales, cuando todo parecía perdido para siempre, se mantu-

vo la mecha humeante que hizo posible la vivencia del ideal y la restauración futura. La gran crisis de la Iglesia española durante la revolución liberal fue algo más que una colección de decretos al abrigo de una teología regalista. Fue un revulsivo que produjo efectos dispares en los hombres que la vivieron más de cerca, como eran los religiosos. Para algunos de éstos el acoso que sufrieron sus conventos fue motivo de purificación espiritual; para otros fue un desmadre secularizante. Unos opusieron fuerte resistencia a las novedades, otros las aceptaron con más o menos paciencia. La crisis de la Iglesia fue algo más sutil que una historia de buenos y malos, según el lado desde el que aquella se contemplaba. Porque las órdenes religiosas no eran tan perfectas como para no requerir reforma alguna. Ni los religiosos eran tan reaccionarios como para merecer la supresión total que al cabo se les impuso. En suma: los frailes no eran tan santos como los imaginaron los apologistas católicos, pero tampoco estaban tan relajados como los pintaron sus enemigos anticlericales. Este libro ilumina muchas de esas zonas intermedias, que la historiografía apasionada de unos u otros no ha sabido o no ha querido ver. Su lectura ayuda para comprender el entramado histórico de aquella gran crisis con todo su drama humano. No es un libro de tesis que parte de ideas preconcebidas. Es simplemente un libro de historia escrito con honestidad, con deseo de verdad y con el apoyo de una documentación rica y bien interpretada.

La primera dificultad que ha tenido que superar el autor de este libro ha sido la de hacer comprensibles dos aspectos esenciales de su contenido. Me refiero a los protagonistas del libro: los franciscanos; y al momento que encuadra esta historia: los años difíciles de revolución y reacción hasta la exclaustación definitiva.

En la primera parte del libro se presenta con mucho acierto el estado del franciscanismo murciano. Se traza un amplio panorama, a manera de un gran cuadro en el que se describen todos los pormenores del franciscanismo. Este cuadro era necesario para explicar situaciones y conceptos. Gracias a él conocemos la cantidad y calidad de las personas que formaban la gran familia franciscana, la ubicación de sus conventos y la relación de sus actividades. Había en el Reino de Murcia a principios del siglo XIX, antes de la gran exclaustación, 47 conventos franciscanos, casi tantos como había en toda España en 1892, cuando se había asegurado la restauración. La familia franciscana era un mundo exuberante y dinámico, tradicional y al mismo tiempo tocado de individualismo. Sorprende, sobre todo, la unidad en la diversidad. Los observantes de la Provincia de Cartagena y los alcantarinos de la Custodia de San Pascual, se reparten en una constelación de conventos muy distintos, poblados por personas muy diferentes en oficio, ideas y talentos. Seglares de la Tercera Orden y monjas clarisas completan la presencia de la Orden Seráfica.

Lo más llamativo es el impacto del reformismo ilustrado en la contextura barroca de la Orden (intentos de tasación o reducción del número de frailes), y los planes internos de renovación espiritual y educativa (el plan de reforma del P. Ginés Navarro en

1807). La pintura que hacía este franciscano sobre el relajamiento, ociosidad e ignorancia de muchos religiosos demuestra que dentro de la Orden había reformadores sinceros, pero prueba también que los defectos que los liberales achacaban a los religiosos no eran invenciones sin fundamento. Había pues dos programas reformadores con objetivos y métodos distintos: uno interno, desde la misma Orden, otro externo, desde el Estado. Se impuso inexorablemente al segundo.

El desarrollo dinámico de ese proceso se explica detalladamente en las tres restantes partes del libro. En ellas el autor resuelve la segunda dificultad arriba aludida; el desarrollo histórico del proceso exclaustrador, con sus avances y retrocesos, hasta su culminación definitiva. Para obviar la complejidad de aquel proceso se recurre a los períodos históricos convencionales, como soporte de la historia franciscana: la guerra de la Independencia, el sexenio absolutista, el trienio constitucional, la década realista y la revolución liberal bajo la regencia de María Cristina. Cada uno de estos períodos es analizado desde tres enfoques envolventes, a manera de círculos concéntricos: la historia político-religiosa en general, su incidencia en el Reino de Murcia, y su aplicación en la Orden Franciscana. Con esta disposición el autor ha logrado ofrecer un contenido denso en un esquema claro.

Las aportaciones de la obra de Riquelme son abundantes y valiosas. Dado que es imposible mencionarlas todas, se las puede resumir en estos tres aciertos:

1º. La confirmación de hechos históricos generales y bien conocidos mediante la concreción de historias particulares. Es lo que podíamos llamar el efecto lupa, es decir, la ampliación del detalle, la referencia al caso particular, en estrecha conexión con el horizonte histórico general. De ese modo la historia general, la de los grandes rasgos, queda visualizada y vivificada. Es lo que hace el autor cuando ilustra la «frailada» durante la guerra de la Independencia con un sin fin de datos pintorescos, o cuando analiza el caso de los afrancesados concretado en la actitud afrancesada del P. General Acevedo y su posterior retractación. O cuando analiza el impacto que produce la reforma de los conventos en la conducta y conciencia personal de algunos religiosos, a través de la autobiografía lacerante de un fraile apóstata como el P. Calderón. O cuando nos explica el alcance del decreto del 25 de octubre de 1820, no por la letra de la ley —que eso es fácil— sino descendiendo a la aplicación concreta de la misma en lugares determinados, y ante personas que actúan con inesperada espontaneidad.

2º. Iluminación de aspectos históricos que eran conocidos de forma confusa. Es lo que podemos llamar el efecto lámpara, que llena de luz un espacio penumbroso dando color y figura a objetos de los que sólo se conocía su existencia. La aportación más importante es la que se refiere a la ejecución, por parte de los franciscanos, del decreto de Fernando VII de 19 de noviembre de 1815, en el que se pedía la colaboración de los religiosos para que abrieran escuelas gratuitas de primeras letras en los conventos. Se conocía este decreto, como una de las medidas de colaboración pedidas por el rey a la

Iglesia durante el sexenio absolutista. Pero no se sabía con detalle de qué manera se ejecutó y qué frutos produjo. Riquelme nos informa detalladamente sobre la acogida entusiasta que los franciscanos hicieron a aquella iniciativa. El P. General Malcampo redactó un reglamento para las «escuelas caritativas» con interesantes normas pedagógicas. En 1817 informaba satisfecho que los franciscanos españoles habían abierto 241 escuelas gratuitas, atendidas por 274 maestros, en las que recibían enseñanza 16.506 alumnos. La Orden franciscana, y en general las órdenes mendicantes, estaban dispuestas a colaborar en la educación y elevación social del pueblo. No eran inútiles como decían los liberales. Pero éstos veían en aquella colaboración una competencia peligrosa y no deseada. Se insinuaba ya un conflicto ideológico en torno a la enseñanza.

3°. Las aportaciones a la historia regional y local. Al centrarse esta historia del franciscanismo en el Reino de Murcia es natural que sea esta región la que recibe el mayor beneficio de esta investigación. A finales del Antiguo Régimen los franciscanos superaban en número a todos los demás religiosos, y en Murcia eran casi tantos como los sacerdotes seculares. El colectivo franciscano jugó un papel cultural, social y religioso muy destacado. Bajo este aspecto el libro constituye una aportación fundamental a la historia regional murciana. Pero resulta especialmente esclarecedor en lo que se refiere a la historia político-religiosa durante el reinado de Fernando VII. En Murcia esa historia adquiere unas singularidades muy acusadas. Durante el trienio constitucional la acomodación de la Iglesia al nuevo Régimen se logró allí sin las reticencias que se dieron en la mayor parte de España. La tradición jansenizante del Seminario fulgentino, el liberalismo del Gobernador Eclesiástico García Zamora y del Obispo Posada, y la propagación del espíritu liberal entre los eclesiásticos pueden explicar, en parte, la buena acogida que allí se hizo a las reformas. Este panorama de la Iglesia diocesana y del espíritu público puede explicar también algunas singularidades del franciscanismo murciano en comparación al de otras regiones. Fue allí donde se aplicó con más expedición la reforma de regulares. El cierre de conventos se ejecutó sin dificultad, mientras la desbandada de los secularizados alcanzó los mayores porcentajes de toda España. En Murcia se secularizaron durante el trienio nada menos que el 90% de los franciscanos.

La exclaustación definitiva de 1835 y 1836 supuso el final de los antiguos conventos de España. El golpe de gracia fue general y se hizo con rapidez. Este final fulminante explica la escasez de documentación interna para este momento. En el libro se suplen estas lagunas documentales con la publicación de valiosas adiciones. La relación nominal de los 507 exclaustados de Murcia nos sugiere la vida azarosa de la mayor parte de aquellos religiosos. El destino actual de los 36 conventos antiguos franciscanos de la región nos trae hasta el presente las huellas visibles de uno de los acontecimientos más decisivos de la historia de la Iglesia contemporánea. El espíritu, sin embargo, alentaba bajo las cenizas. El último epígrafe del libro alude acertadamente a los colegios de misioneros, esperanza para la restauración de la vida franciscana en

España. Dos franciscanos murcianos, el P. Luis Godínez y el P. Manuel Malo, son figuras señeras de aquella restauración que comenzó en los colegios misioneros de Priego y Santiago, y continuó en Cehegín y Orihuela. Riquelme concluye su excelente historia con este comentario: «A la sombra de estas instituciones misioneras, la Provincia de Cartagena recobró nuevos bríos para relanzar nuevamente sus actividades apostólicas, culturales e intelectuales, abriendo con inusitada celeridad los que habían sido cerrados por la excomunión».

La obra, en suma, presenta una documentación de primer orden, en el ámbito regional murciano, para la comprensión del período y temática señalados. Así como las tablas demográficas y relaciones de conventos y de religiosos, insertadas en la obra, mapas, fotografías, como el índice analítico, en una obra de estas características, se convierte en imprescindible.

Finalmente, hay que agradecer a la Caja de Ahorros del Mediterráneo la financiación de esta investigación, insertada en el Convenio que el Instituto Teológico Franciscano mantiene con esta entidad financiera de Murcia.

Manuel Revuelta González

RUBIO, Javier: *España y la guerra de 1870*. Biblioteca Diplomática Española (Ministerio de Asuntos Exteriores). Madrid. 1989, 1.118 págs.

Este libro es mucho más de lo que su título indica. Es una fundamental contribución al conocimiento de las relaciones exteriores europeas coincidiendo con el forjamiento de la Europa bismarckiana y la introducción de un orden internacional llamado a perdurar por espacio de medio siglo. A su vez la obra viene a llenar plenamente una importante laguna de la historiografía española sobre el tema, tan parca en aportaciones previas, y acaso sin otro precedente reseñable que la tesis doctoral de J. Salom Costa, *España en la Europa de Bismarck*, publicada hace ahora veinticinco años –1967– y circunscrita al período inmediatamente posterior al estudiado por J. Rubio, el comprendido entre 1871 y 1881.

Pero sobre todo el libro reseñado es la primera investigación fundamentada y coherente de la angular función asumida por España en los orígenes y desarrollo de la guerra franco-prusiana, un acontecimiento llamado a variar el curso de la historia, y que en lo que concierne a nuestro país, determinaría decisivamente el papel asignado a España en el nuevo orden internacional en el tercio final del XIX, y todavía en mayor medida las siempre nucleares relaciones bilaterales mantenidas con Francia, por cierto frías y distantes –cuando no tensas y difíciles– siquiera hasta 1900.

El autor abre su monografía con un análisis en profundidad del interregno español

suscitado en septiembre de 1868 con el derrocamiento del régimen de Isabel II, inviable y agotado en sus posibilidades desde el momento en que la reina se identifica con un solo partido, el Moderado. Como quiera que la totalidad de las fuerzas políticas que hicieron la revolución eran monárquicas –los Progresistas y Unionistas–, sin otra excepción que el Partido Demócrata, agrupación más reciente y modesta, y hasta el momento de ideología republicano-federal, no tardó en plantearse la conveniencia de buscar un sustituto a la hija de Fernando VII, toda vez que la opinión nacional se manifestó mayoritariamente en sentido monárquico en las elecciones a Cortes constituyentes de 1869, tendencia recogida por la Constitución del mismo año, que en cierta forma no era otra que la «non nata» del 56, con algunos retoques de signo democrático, para complacer a los seguidores de Nicolas María Rivero, atraídos a la Monarquía, en tanto se excluía sin contemplaciones a los republicanos irreductibles, hasta el momento firmes colaboradores en la obra revolucionaria.

Se entiende que Prim, dueño real de los destinos de la nación, sujeta inicialmente a un régimen «innominado» tras la marcha de Isabel, no tardara en despejar incógnitas, desechando la opción republicana auspiciada por la pequeña clase media de las ciudades mercantiles mediterráneas, que con su concurso dieran en su momento visos de revolución a lo que, en definitiva, no pasaba de ser un pronunciamiento más de generales, tan frecuentes en el acontecer español ochocentista. El severo revés republicano en las primeras elecciones del Sexenio y la promulgación en el 69 de una Constitución monárquica facilitaría a Prim y a sus aliados argumentos éticos e instrumentos legales para desembarazarse de sus incómodos compañeros de viaje. Logrado esto, no sin cruentas represiones, y asegurado un proceso institucionalizador acorde con los deseos de la mayoría monárquica, el político catalán y sus colaboradores se afanarán durante dos largos años en el arduo empeño de buscar el candidato idóneo para el flamante trono democrático español.

A la vista del lector, y en apretada síntesis desfilan a lo largo de una decena de densos capítulos una multiplicidad de combinaciones y candidatos. Comenzando por Antonio de Orleans, duque de Montpensier y cuñado de Isabel II, que aun contando en su haber con el apoyo de Topete y de varios generales unionistas, y la evidencia de haber financiado el derrocamiento de su cuñada –aunque con el deliberado propósito de sustituirla–, verá pronto mermadas sus posibilidades por su nulo carisma popular y por la decidida oposición de sus numerosos enemigos personales –en particular desde que diera muerte en un duelo al infante don Enrique, personalidad próxima al omnipotente progresismo–, pero sobre todo por el veto de Napoleón III al hijo de Luis Felipe, y en particular lo que Rubio conceptúa certeramente como «sorda y continua oposición de Prim». Entendía éste no sin cierta lógica que la Gloriosa, con los sacrificios que había conllevado, no había sido hecha para sustituir un Borbón por otro Borbón.

Se pensó a su vez en el joven duque de Génova y en varios hijos del rey Víctor

Manuel de Italia, candidaturas que por el momento no prosperaron, como tampoco la más interesante de Fernando de Sajonia-Coburgo, rey viudo de Portugal, de irreprochable comportamiento constitucional en este país y cuya familia había sido instalada ya en los tronos del Reino Unido y Bélgica, y por todo ello apoyado por los progresistas e incluso por los demócratas monárquicos, esperanzados en lograr así la unidad ibérica, pero que se mostró poco receptivo y finalmente no aceptó, consciente de las dificultades que conllevaba la ocupación del trono español en tan difíciles circunstancias y de la marcada frialdad que su candidatura había suscitado en Francia, y sobre todo en Gran Bretaña.

Javier Rubio se ocupa seguidamente de otros candidatos. Desde las imposibles opciones del hijo de Isabel II y del pretendiente carlista –el ya titulado Carlos VII– a las exóticas candidaturas buscadas en Escandinavia, pasando por toda una serie de nombres y especulaciones conectadas a la prácticamente totalidad de las cortes europeas, sin olvidar alguna otra no por doméstica menos pintoresca. Como la de don Baldomero Espartero, muy popular y que vivía retirado en Logroño, a quien también fue ofrecida la corona, pero que, viejo y sin descendencia, tuvo el buen sentido de no aceptar. La serie se cerraría con la figura de Amadeo de Saboya, duque de Aosta e hijo segundo de Víctor Manuel, candidatura firmemente apoyada por Prim y que logró sacar adelante al término de intensas negociaciones internas e internacionales, con el dramático epílogo del asesinato del general, cuestión todavía no dilucidada por entero pese a valiosas aportaciones como la de A. Pedrol Rfús, pero sobre la que ahora se arroja nueva luz a la vista de documentación original aportada por Rubio, que apunta en dirección de Montpensier como principal inductor, sin perjuicio de que se diesen otras complicidades.

El interregno español y la búsqueda de un rey para España, asunto tratado con una profundidad y clarividencia sin precedentes a la vista de la documentación consultada en una veintena de archivos europeos, viene a ser como extenso y necesario preámbulo a la temática central de la obra: la candidatura Hohenzollern y el conflicto franco-prusiano. El autor ha realizado una documentadísima investigación sobre tan complejo asunto, a base del estudio e interpretación de un ingente cuerpo de fuentes de primera mano disperso por numerosos archivos europeos desde Viena a Londres y desde Estocolmo a Madrid y Lisboa, aparte de la utilización de repertorios documentales impresos y cuantiosa bibliografía extranjera, dado que la española incidente sobre el tema resulta más bien escasa. Esta ausencia ha sabido suplirla con acierto mediante la consulta sistemática de las ricas series de fuentes hemerográficas disponibles.

Resultado de todo ello es un sólido trabajo de alta investigación que ilumina en su conjunto y en sus detalles una temática bastante oscura hasta el momento no obstante su manifiesta trascendencia, por haber sido el detonante buscado por Bismarck para desatar la crisis llamada a introducir fundamentales variaciones en el panorama político internacional. Rubio analiza paso a paso, y con impecable precisión, todo el proceso,

que va desde los precedentes inmediatos y el planteamiento general de la candidatura del príncipe Leopoldo de Hohenzollern, como es sabido perteneciente a una rama católica de la dinastía prusiana, al lanzamiento de tal candidatura, y el seguimiento de las incidencias que acompañaron a la misma, día a día, hasta en sus menores detalles, no sólo escrutado el asunto desde Madrid, Berlín y París, las tres partes más directamente interesadas, sino también contemplado en un contexto internacional más amplio.

En Francia la eventualidad de ver entronizada en España a la casa Hohenzollern levantó por parte de Napoleón III una oposición cerrada por entender que un alemán en el trono español alteraría el equilibrio europeo en favor de Prusia. La candidatura fue retirada, pero Bismarck, que deseaba el triunfo militar sobre Francia, para acelerar y completar el proceso de reunificación alemana, con la consiguiente hegemonía germánica en el continente, explotó hábilmente tanto la desconfianza francesa como un cúmulo de errores de Bonaparte y de sus ministros, para suscitar el incidente que desencadenó el conflicto y la consecución de sus secretos designios. Rubio desmonta la tenaz leyenda circulada por la historiografía francesa de una supuesta «intriga hispano-prusiana» para provocar la guerra, intriga que se suponía ideada por Bismarck en complicidad con Prim. Lo infundado de tal atribución, puesto ya de manifiesto en su momento por Salom Costa, es ahora definitivamente probado, y por tanto el político español exonerado de toda responsabilidad.

A su vez quedan plenamente demostradas las preocupaciones irenistas de don Juan Prim –acaso con Cánovas nuestro principal hombre de Estado en el XIX– no sólo con ocasión de los turbios manejos diplomáticos que precedieron al conflicto franco-prusiano, sino también por sus esfuerzos para detenerlo una vez iniciado, esfuerzos que en determinado momento estuvieron a punto de lograr una solución pacífica de la crisis, y luego por su voluntad pacifista e independiente al negarse a aceptar tanto la propuesta de alianza que le hizo Bismarck al iniciarse la contienda como la del gobierno francés de Defensa Nacional, en el momento en que la situación de Francia era desesperada. Ambas negativas determinarían en considerable medida el aislamiento internacional de España en las tres décadas siguientes, pero al propio tiempo, como ha subrayado J. M<sup>a</sup>. Jover, hay que buscar en ellas el precedente inmediato de la neutralidad española en los grandes conflictos europeos del siglo XX.

Alguna observación de tipo formal, como la conveniencia de incorporar a la introducción las extensas «Consideraciones generales» que preceden al sólido apéndice de 250 documentos, es cuando a mi juicio cabe apostillar a esta espléndida monografía, de metodología impecable, sugestiva lectura y novedosos contenidos, cuyo manejo es simplificado por sendos índices de fuentes inéditas, impresas, hemerográficas y bibliográficas, y por unas tablas cronológicas de manifiesta utilidad.

Juan Bta. Vilar

REVUELTA GONZALEZ, Manuel, S. I.: *La Compañía de Jesús en la España Contemporánea. II. Expansión en tiempos recios (1884-1906)*. Publ. Sal Terrae –Mensajero– Universidad Pontificia de Comillas. Madrid. 1991, XXXII + 1.365 págs.

En 1984 Manuel Revuelta publicó un libro señero, *La Compañía de Jesús en la España Contemporánea, I. Supresión y resistencia (1863-1883)*, que tuvo la satisfacción de reseñar en *Anales de Historia Contemporánea* –nº. 6 (1987), págs. 295-297–, primero de una trilogía llamada a cubrir la dinámica histórica española de ese emergente instituto religioso durante el Sexenio democrático, la primera y segunda Restauración, y el despegue de la actual centura, coincidiendo con la fase inicial del reinado de Alfonso XIII, en que se manifiestan signos inequívocos de la crisis del sistema político auspiciado por Cánovas treinta años atrás.

El marco cronológico del volumen ahora recensionado va desde 1884 a 1906, coincidiendo con los generalatos de Antonio Anderledy y Luis Martín, que tienen a 1892 como año bisagra. Dos décadas de consolidación y fructífera expansión de la Compañía en España, no exentas por cierto de tensiones y sobresaltos, pero sin tener que afrontar dificultades insalvables ni mucho menos persecuciones, o como refiere el autor, historia en movimiento continuo y sin rupturas. Son años de plenitud y esfuerzo creativo para los jesuitas en un país en relativa calma al término de la traumática experiencia del Sexenio, pero también de imparable transformación social y de agitación en lo que al panorama religioso se refiere por causa de las divisiones internas del campo católico, el manifiesto retroceso de los valores tradicionales y los avances de la descristianización.

Revuelta estructura su obra en tres partes bien diferenciadas: «La Compañía de Jesús en el marco político y eclesiástico de la Restauración alfoncina» (capítulos I y II), «Gobierno, problemas y fundaciones durante los generalatos de los P. P. Anderledy y Martín» (III al VIII), y «Los trabajos y los días en las comunidades de jesuitas» (IX al XI). Los dos primeros capítulos insertan con pleno acierto a la Compañía en el acontecer general de España y de la Iglesia española de la época, prestándose particular atención a la influencia de ese acontecer sobre la Compañía, a los aspectos jurídico-legales de la inserción de la misma en la sociedad nacional, y a las relaciones de diverso signo mantenidas por el instituto de referencia con los cuadros de los dos grandes partidos dinásticos.

El segundo y angular bloque temático analiza el devenir de la Compañía de Jesús durante las dos décadas estudiadas. Comenzando por un análisis certero y profundo de las orientaciones imperantes y de los equipos rectores existentes durante ambos mandatos, así como la aplicación práctica de esas directrices en las respectivas provincias y centros concretos, pero sin perder de vista la evidente influencia que sobre el desenvolvimiento cotidiano de la Compañía en la España de la época tuvieron hechos tan funda-

mentales como las divisiones internas de los católicos españoles en los años ochenta y la reaparición de un anticlericalismo beligerante en época inmediatamente posterior, que como siempre hará de los jesuitas su blanco preferido. Una ofensiva que de alguna forma pretendía contrarrestar la creciente presencia de los hijos de san Ignacio en la sociedad española, como resultado de una serie ininterrumpida de nuevas fundaciones de colegios, residencias y obras sociales y culturales, manifestaciones de un auge expansivo sin precedentes, investigado y expuesto en estas páginas con todo detalle.

Los capítulos IX, X y XI, constituyen el tercer bloque temático de la monografía, en el que se estudia la actuación de la Compañía región por región, provincia por provincia, ciudad por ciudad, y como sucede en el volumen anterior, casi individuo por individuo, pero permaneciendo siempre la más amplia visión. Ante el lector se perfila con nitidez la silueta histórica de cada comunidad con su realidad y problemática específicas, sus hombres e iniciativas pastorales, docentes y sociales, pero sin llegarse a perder nunca la sensación de que todo ello responde a un afán colectivo de vasta proyección.

Hay que decir que los contenidos del libro sobrepasan con mucho su título concreto. No porque tal epígrafe sea inexacto, que no es el caso, sino porque el penetrante tratamiento de las cuestiones debatidas facilita la comprensión de problemas más generales. Así por ejemplo el complejo asunto de la división de los católicos, crisis explicitada por vez primera en las Cortes gaditanas según la actitud adoptada por los creyentes ante el naciente liberalismo y ante el desmantelamiento del Antiguo régimen –en particular de instituciones tan emblemáticas como la Inquisición– para centrarse en el período isabelino en torno a situaciones concretas –guerra carlista, obra desamortizadora, suspensión parcial del Concordato de 1851 por los progresistas, actitud ante las cuestión romana y el reconocimiento del nuevo reino de Italia... etc.–, para culminar en el Sexenio revolucionario durante el encrespado debate que precedió y acompañó a la conquista de nuestra primera libertad religiosa. Pero si la directa amenaza proyectada sobre los ancestrales privilegios de la Iglesia de Roma por parte de un liberalismo de signo más o menos radical, ejerció en definitiva un efecto integrador sobre los católicos, que pese a discrepancias internas de orden político, supieron cerrar filas en torno a sus dirigentes naturales, es decir sus obispos y clero, después de 1876, asegurado un estatus legal básicamente satisfactorio, garantizado por el artículo 11 de la Constitución canovista, por un desarrollo legislativo ulterior altamente favorable para los intereses del catolicismo en la medida en que, a la inversa, lo fue restrictivo para las restantes confesiones cristianas, acogidas a una tolerancia más teórica que real, los católicos se verán afectados ahora por profundas disensiones según la actitud adoptada por cada cual ante el régimen restaurado, pero también por discrepancias internas más puntuales.

Es de señalar que la mayoría de los miembros de la Compañía en España, durante un tiempo marcharon contra corriente de la que no tardaría en convertirse en tendencia dominante en el panorama político del catolicismo español. La de la Unión Católica,

fundada en 1881 por Alejandro Pidal como grupo integrado en el conservadurismo canovista, para defender más eficazmente desde el poder los intereses generales de Roma y de la Iglesia española. Aunque Pidal logró atraer al redil de la Restauración a numerosos católicos hastiados de las estériles polémicas del Tradicionalismo, halló también fuertes reticencias. Por ejemplo entre los jesuitas, sentimentalmente más próximos al carlismo, actitud por lo demás comprensible habida cuenta el severo trato recibido en el pasado por parte de los católicos liberales. Es más, cuanto en 1888 el campo tradicionalista se escindió en dos corrientes, la del carlismo ortodoxo, más realista y acomodaticio, y la del integrismo, esta última auspiciada por el inflexible y combativo Ramón Nocedal desde el diario *El Siglo Futuro*, las simpatías de los jesuitas más consecuentes estuvieron mayoritariamente del lado de este último, haciéndoseles bastante duro sujetarse a las instrucciones de Roma para adoptar una neutralidad expectante –lo que Revuelta llama «aplicación de la ley del silencio»– y finalmente desengancharse públicamente del integrismo.

Estos debates tuvieron amplia resonancia, pues no en vano en la España contemporánea cualquier asunto conectado de alguna forma a los jesuitas ha sido siempre cuestión importante, dado que el peso e influencia de ese instituto religioso fue siempre tan considerable que apenas admite parangón con ningún otro en el panorama nacional. Como refiero en mi recensión al volumen precedente de esta trilogía. «...la Compañía de Jesús ha polarizado con su sólo nombre corrientes de opinión, cuestiones y controversias de alcance más general, hasta el punto de que en una sociedad como la española de los dos últimos siglos, tan dividida por encendidas polémicas en torno a la significación y funciones de la Iglesia en la sociedad civil, la Compañía ha sido el punto de referencia para decantarse en uno u otro sentido, según la particular actitud de cada cual ante el fenómeno eclesial, o simplemente ante el hecho religioso».

De ahí el interés de esta monografía, construida con criterios metodológicos impecables como resultado de un magno esfuerzo de reflexión y sobre un formidable elenco documental y bibliográfico, allegado al término de varios años de intensa labor investigadora en una decena larga de archivos nacionales y extranjeros, y en las más selectas bibliotecas especializadas. Los resultados están a la vista: una monumental contribución, digna de quien figura sin duda entre los primeros historiadores eclesiales de nuestro tiempo. Su consulta será en el futuro preceptiva para cuantos se interesen no solamente por el siempre sugerente y complejo mundo de los jesuitas españoles, sino también por nuestra historia eclesiástica más reciente, por el fundamental empeño revitalizador del país mediante la educación en el último siglo, y en definitiva por la historia contemporánea de España.

Por todo ello, esperamos con impaciencia la aparición del tercero y último volumen de la serie, llamado a profundizar en la intrahistoria de la institución estudiada. Pero a su vez en aspectos tan angulares como son la decisiva proyección de la Compañía en la

renovación del catolicismo español mediante la evangelización, el ministerio pastoral, la formación de cuadros eclesiales y la acción misionera dentro y fuera del país, como también, y fundamentalmente, sobre el mundo de la enseñanza, la cultura, la ciencia y de la promoción social de los menos afortunados, contribuciones éstas que ya va siendo hora de que sean justipreciadas en el panorama del esfuerzo modernizador español desplegado desde diferentes frentes en los últimos ciento cincuenta años.

Juan Bta. Vilar

J. Bta. VILAR: *Mapas, planos y fortificaciones hispánicas de Túnez (s. XVI-XIX). Cartes, plans et forteresses de Tunis, XVI<sup>e</sup>-XIX<sup>e</sup> siècles*. Prólogo de M. de Epalza. Ed. Ministerio de Asuntos Exteriores. Inst<sup>o</sup>. de Cooperación con el Mundo Árabe, 1991; 488 ps. + 502 mapas y planos.

Todavía reciente la edición de una obra similar a ésta sobre Argelia, trabajada en colaboración con M. Epalza, J. Bta. Vilar —esta vez solo— reúne ahora su trabajo arduo de los últimos años en lo tocante a Túnez (ciudad y nación, ya que no disponemos como en francés de Tunis y Tunisie para distinguirlas). Falta un próximo volumen acerca de Marruecos, de idénticas características, que completará la trilogía.

Importantísima nos parece esta documentación no sólo por la riqueza y dispersión de las fuentes y los archivos consultados, sino porque mapas, planos, etc. (y más si son de Túnez) suponen una de las localizaciones menos exploradas. Sólo la más reciente historiografía va alumbrando el hontanar cartográfico, abundantísimo en archivos hasta límites de asombro para un no avezado. Quizás esta forma sectorial, geográficamente, esté siendo memorable para sacar a luz un filón investigador de este calibre.

Sucedo, además, que el prof. Vilar está siempre a la última en cuanto bibliografía interconexa se nos cruce por medio. De ahí que sean ricas, en especial para algunos de nosotros, tanto la «letra menuda» que acompaña a cada plano como las *notas* del texto, nutridísimas. Citemos dos ejemplos como botón de muestra: cuanto concierne a las redenciones de cautivos por las órdenes religiosas pertinentes (tema casi ignoto de la historiografía), y lo que se refiere a la Tabarca de Santa Pola, como consecuencia de la Tabarka tunecina. A esa letra menuda que comento corresponderían también algunos paréntesis. Jugosos éstos. Y sin aires triunfalistas, por cierto. Por ejemplo, el que «toca» a Alejandro VI concediendo derechos apostólicos al expansionismo hispano, o el incumplimiento por parte de los Reyes Católicos de las capitulaciones concertadas (1501) para con los vencidos, o el «fulminante y unilateral ataque contra Granada» (1492). Paréntesis que confirman, por otro lado, un uso de bibliografías menos narcisistas (en época de V<sup>o</sup> Centenario ¡quién lo dijera!).

El recorrido histórico que antecede al catálogo de mapas presenta una completa exposición de las relaciones hispano-tunecinas, con suficiente detalle, y a la vez, visión de conjunto. No dispone el lector español de muchas síntesis semejantes para estar informado. A partir de la E. Media se nos inicia aquí en los intercambios de la Corona de Aragón con el sultanato hafsí, y se nos advierte del pragmatismo catalán frente al mesianismo castellano (pp. 86-105). Dos posturas diversas: no la de *tanto monta*, sino Isabel /vs/ Fernando. Todo ello hasta conducir a lo más definitivo: la encrucijada de Túnez siempre entre dos imperialismos: el español y el otomano. Con Carlos V y Felipe II mantendremos tal evidencia, y a éllo se dedica el grueso del estudio introductorio (pp. 106-181). Serán decisivas, pues, tanto la expedición de Carlos V (1535: más como prestigio internacional que como otra cosa) y las dificultades posteriores para mantener el enclave tunecino.

Agudamente señala el autor el fracaso de una colonización europea entre 1535-1547, sobre todo porque no podía facilitar una inmigración europea un sistema que se basaba, precisamente, en presidios y bastiones que defender. Túnez no sería la excepción en Norteafrica, sino una monda y lironda confirmación. El año 1552 será clave también al respecto: se confirman los planes carolinos de demoler Mahdia y abandonarla, pero se retrasarán los desembolsos para ello, y se pagarán las consecuencias (retrasos de pagos a la guarnición, amotinamientos al canto). Naturalmente, el fracaso será presentado oficialmente como un no valía la pena, *no están maduras*, en efecto. Los típicos manejos de la opinión pública. La historia de Yerba (Los Gelves), con una trayectoria más larga de luces y sombras, tampoco será distinta desde los mismos tiempos de Cisneros y P<sup>o</sup>. Navarro. En 1540 quedó independiente tanto de España como de Túnez. Y de Yerba a Lepanto corren años donde Felipe II caerá en la cuenta de que había que recuperar el prestigio perdido en Africa, pero había, igualmente, que recuperar la reactivación de los astilleros en España e Italia. Ello explica que en 1564 la escuadra del Mediterráneo dispusiera de cien galeras; que en ese año también se realizara con éxito el ataque argelino sobre Orán; y que, no en vano, se recuperara el Peñón de los Vélez; y que se hiciera levantar a los turcos el abrumador sitio de éstos a Malta. Era la preparación del golpe final en el Mediterráneo frente al poder otomano (con la coalición pontificia y véneta naturalmente). Nada extraño, pues, que en esa etapa Túnez sea conquistada por Uldj Ali, y reconquistada por don Juan de Austria. Las directrices de Felipe II respecto a la zona serán, a su vez, diáfanas: era preferible potenciar una Armada en el Mediterráneo, y a la par, reducir al mínimo castillos, fortificaciones, etc., caros de mantener y expuestos siempre a ataques y peligros.

Pero la política hispana norteafricana se vería frecuentemente en litigio, puesto que la Goleta y Túnez pasaron al enemigo años después. Cervantes relatará en el *Quijote* estas pérdidas, salvando, en cambio, el arrojo de las tropas cristianas. Puntualiza Vilar cuán injusta ha sido la historiografía tachando a aquellos jefes militares de cobardes

ante la lamentable pérdida. Pero de forma más lamentable, si cabe, se comportaba la mentalidad coétanea para con los veteranos de guerra, un subgénero social, no mirados como héroes precisamente por otras clases significativas, amén de pasar hambre pura (Cervantes teste). Quizás un complejo español entre culposo y herido triunfalismo que la clase dirigente segregaba hacia ellos. Un tema, por cierto, digno de estudio tanto por parte de la historia como de la liteartura, y apenas investigado.

El siglo XVII, sobre todo en las primeras décadas, se distingue por ataques intermitentes contra posiciones en costas africanas. Uno de ellos el de los Fajardo a La Goleta (1609), al que Cascales dedicará líneas laudatorias como buen murciano y amigo de los Vélez. El mismo Filiberto de Saboya –general de las galeras de España y con estancias conocidas en Cartagena– ya no reúne la potencia de antes: 72 buques sólo, y éso con el apoyo de Italia y Malta. Su ataque a la tunecina Susa, encima, se salda con un fracaso. De ahí la convicción de que no se precisan nuevos enclaves en el Mágreb. Durante la segunda mitad del XVII las acciones de corso, por ambas partes, se tendrán como una salida. No hay que olvidar que en ese siglo es Francia quien sucede a España como potencia europea de influencia en Túnez. Hasta la misión redentora de cautivos se canalizará a través de religiosos franceses. A mercedarios y trinitarios españoles e italianos se les guardará el recelo causado por toda la historia anterior. Hay que confesar, por otro lado, que los magníficos conocimientos de éstos, y sus descripciones del país magrebí sirvieron algunas veces, de auténtica geoestrategia para planes militares de España. Punto de importancia lo constituyó, también en ese siglo, la inmigración de moriscos españoles a Túnez tras la desgraciada expulsión. J. Bta. Vilar –que ya estudiara el caso murciano de tales moriscos expulsos en 1984, y que lo renovó documentalente en 1990–, incidiendo sobre todo en la problemática pastoral, dado que a él los moriscos le interesan ante todo como minoría religiosa da cuenta del arribo y pervivencia de moriscos hispanos en Túnez: vías de llegada, redistribución, su artesanado y comercio en la capital, etc. Dimensión que Epalza y Petit, como es sabido, han estudiado.

Al siglo VIII –pasadas las dificultades conocidas de la guerra de Sucesión en sus inicios– se le presenta aquí como un lento caminar de cara la normalización del comercio hispano-tunecino, merced a marinos de las Baleares, sobre todo. Caminar lento, entre otras motivaciones por la permanencia y las secuelas del corso. De hecho, la población cautiva hispana será, con mucho, superior a la de otros países. Sin relaciones diplomáticas por medio, el corso hacía su agosto. Dedicar varias páginas el autor, en este momento, a la redención de cautivos y a informes de religiosos, ricos en tantos aspectos: la más o menos interesada conversión de algunos cristianos al Islam, la actitud positiva de Hussein ben Ali para con el hospital de Túnez, la situación de los cautivos, etc. Muy de agradecer esta vertiente, habida cuenta –como ya comenté– del desierto investigador en que se halla. La política europea y sus equilibrios llevaría a

Floridablanca a una correspondencia de otro corte al que se nos tenía acostumbrados en la zona. El tratado de paz y comercio con Túnez en 1791 significará la recogida de tales frutos.

Las relaciones ochocentistas –documentadas en especial en los despachos consulares– hasta el momento son mérito de M. Epalza y A. El Gafsi, y desde ahora también de Vilar. Alicante y Cartagena pondrán su grano de arena. Aquélla con intercambios comerciales, y ésta aportando mano de obra especializada en astilleros.

A partir de aquí comienza la segunda parte de esta obra con el catálogo de mapas, planos, mapamundis, portulanos, cartas de marear, junto a planisferios, mapas continentales y regionales... Todo ello perfectamente incardinado en el proceso histórico descrito. El año 1500 es el elegido para iniciar el recorrido. Se suman 402 planos. El último de 1875. Choca, comparado con Argel, Ceuta, Melilla y Orán, la escasez del s. XVIII, en cartografía militar. Escasez que se explica, de corrida, si se conoce la historia recensionada anteriormente. Esta segunda parte, ilustrada abundantemente con tales planos, y comentada con detalle, acrece la edición (de magnífica factura). Que se haga en francés y castellano indica el abanico posible de lectores. Impresionante catálogo.

Pocas veces como en el momento actual es oportunísima esta obra. Hace bien poco, el propio Ministro de Asuntos Exteriores español, en un informe a los Doce ministros homónimos de la C.E., hablaba del Mágreb como «de la frontera vulnerable de Europa», de que se había de ir hacia «acuerdos europeos-magrebíes», y también por «razones prácticas» se aludía a que las propuestas hispanas tienen presente sobre todo a Marruecos, Argelia y Túnez (*El País*, 29-II-92, pp. 3 y 24).

No sería desatinada una relectura de este importante estudio. Tanto para el profesor Vilar como para el organismo que ha editado estas páginas, nuestra objetiva alabanza.

Francisco Henares Díaz

VILAR Juan Bta.: *Mapas, planos y fortificaciones hispánicas de Marruecos (S. XVI-XX) / Cartes, plans et forteresses hispaniques de Maroc, XV<sup>e</sup>-XX<sup>e</sup> siècles*. Prólogo de J. A. Calderón Quijano. Ministerio de AA. Exteriores. Inst. de Cooperación con el Mundo Árabe. Madrid. 1992, 605 págs. + 842 planos y mapas.

La historiografía española sobre los países y pueblos árabes vive en la actualidad un indiscutible auge registrándose la publicación continuada de diversas obras sobre este apasionante mundo, en sus múltiples aspectos, que aunque no constituyen una bibliografía en exceso abundante, si son suficiente muestra del interés y la atención de los autores e investigadores españoles sobre la historia y el presente de ese universo árabe.

La orientación de tales investigaciones y publicaciones se ha centrado, entre los diferentes conjuntos de áreas temáticas, principalmente sobre el norte de África en general, y sobre todo el Magreb en concreto. Y es en este campo donde destaca la labor realizada por el profesor Juan Bta. Vilar, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Murcia, quien hace años inició una línea de investigación, ya afianzada, sobre cartografía hispano-magrebí, abierta con la publicación en 1988 de un libro sobre *Planos y mapas hispánicos de Argelia*, y continuada con otro en 1991 sobre *Mapas y planos hispánicos de Túnez*. Ahora se publica este tercer libro, el más denso y central de la serie cartográfica hispano-magrebí, sobre Marruecos, la que con otro posterior sobre Libia, completará y cerrará adecuadamente esta visión cartográfica del Magreb.

La obra se inicia con un Prólogo del Dr. José A. Calderón Quijano, catedrático de la Universidad de Sevilla, y con una medida y clarificadora Introducción del propio autor, en la que expone en cinco apartados la justificación de la obra: Marruecos en la moderna cartografía española, la estructura del libro, la metodología e información sobre los fondos catalogados. El contenido del libro se estructura en XVII capítulos, que se agrupan en cuatro partes, y que constituye un fundamental catálogo de mapas y planos hispánicos sobre Marruecos con un total de 842, procedentes de fondos documentales de múltiples archivos, cartotecas y bibliotecas españoles, y también británicos, franceses, italianos, portugueses, norteamericanos y norteafricanos, pudiendo decirse que el autor ha agotado la consulta y la investigación realizadas en este tema.

La presencia española en las costas marroquíes atlántica y mediterránea se inicia a fines del siglo XV y se continuó, de una forma o de otra, hasta mediados del siglo XX, siendo la huella cartográfica de esta presencia secular la que ha recogido el autor en este espléndido libro, que constituye, como él mismo indica, y ante todo, una «contribución de historiador» que ilumine mejor la historia tanto de Marruecos como de España, y un catálogo que sugiera e impulse investigaciones futuras. Otro objetivo de este libro es contribuir de alguna forma al rescate y conservación de los monumentos de origen hispánico en Marruecos.

La obra, tras los citados Prólogo e Introducción, se puede dividir, como se ha indicado, en cuatro partes. La primera, formada por los capítulos I al V, recoge los Mapas generales de Marruecos entre el siglo XVI y el XX en sus diferentes expresiones. La segunda parte, capítulos del VI al IX, los Mapas sectoriales: litorales, costas y regiones. El capítulo X, como una tercera parte, los Mapas temáticos. Y la cuarta parte, capítulos del XI al XVII, los Planos. Por último se añade una «Addenda Cartografica» por siglos. Cada mapa y plano va acompañado de un sólido aparato de notas y referencias bibliográficas y de aclaraciones. Finamente se incluye un detallado índice de mapas y planos.

Se trata, en definitiva, de una excelente obra histórico-cartográfica, fundamental para un mejor conocimiento de Marruecos, en la línea, yo diría que superadora, de los análogos trabajos precedentes sobre Argelia y Túnez. Si el campo de la cartografía

conoció en España un desarrollo espectacular en el siglo XVI, y se continuó con altibajos hasta comienzos del XX, los países del Mágreb antes citados merecieron especial atención de los cartógrafos españoles, no sólo en razón de su emplazamiento en el flanco occidental del Mediterráneo, sino también por su condición de países contiguos a España, además de los múltiples lazos que han conectado a tales estados y sus pueblos a lo largo de la historia. Es toda esta gran obra cartográfica la que ha recogido y publicado el profesor Vilar en los tres volúmenes de su magnífica y completa serie que son libros de obligada consulta para un más adecuado conocimiento del proceso histórico común tanto del Mágreb como de España.

*José U. Martínez Carreras*

LOPEZ GARCIA B.; MARTIN MUÑOZ G.; DE LARRAMENDI M. H.; (Eds.): *Elecciones, participación y transiciones políticas en el Norte de Africa*. Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1991, 319 págs.

Los países del Norte de Africa considerados individualmente en sus relaciones bilaterales con España, y especialmente los Estados del Mágreb como conjunto, que han constituido en 1989 la Unión del Mágreb Arabe, han representando una referencia fundamental en la política y acción exterior españolas hacia esa región africana desde los años de sus independencias, pero que más recientemente suponen una constante preocupación, ya no sólo para España sino también en el marco de la Europa unida, tanto por la evolución y las transformaciones internas, político-ideológicas y económico-sociales, en cada país magrebí, como por el entramado de relaciones entre Europa y el Mágreb en el ámbito común del Mediterráneo occidental.

Muestra de ese interés hacia la evolución y situación en el Norte de Africa, y en especial hacia el Mágreb es la abundante bibliografía que en estos últimos años y en la actualidad se viene publicando sobre estos temas. Entre esa muy interesante bibliografía se incluye el valioso libro que aquí se comenta, que recoge las Actas del Coloquio-Mesa Redonda organizado por el Seminario de Sociología e Historia del Islam de la Universidad Autónoma de Madrid, y celebrado en mayo de 1990, que constituye una obra colectiva, muy completa y actual, sobre las transiciones y corrientes políticas que viven en nuestros días los países norteafricanos: el Mágreb y Egipto, los sistemas y procesos electorales, con la paulatina democratización, el difícil arraigo del pluralismo y el papel del islamismo, entre otras interesantes cuestiones.

Como indican los editores de la obra en su Introducción, la celebración del Coloquio, que ha dado origen al libro, se proyectó en vísperas de las elecciones que se iban a realizar en la primavera de 1990 en dos países magrebíes: Marruecos y Túnez,

que suscitaron expectativas entre los observadores políticos del Norte de Africa, ya que constituían el primer resultado de unos procesos de transición hacia el pluralismo y el camino hacia una cierta democratización. Pero las elecciones marroquíes se aplazaron a 1992 por un referendun celebrado en diciembre de 1989, y en cambio se convocaron elecciones municipales en Argelia, apareciendo así estas elecciones como la piedra de toque de las transformaciones que se habían emprendido en ambos países: en Túnez desde 1987, y en Argelia desde 1988.

Otra cuestión que se planteó al convocar el Coloquio fue la de los límites geográficos del mismo. Pues si el Magreb es el espacio político más cercano a las preocupaciones de la política española hacia el mundo árabe, era en cierto modo obligado extender la temática a Egipto, país pionero en una peculiar transición político liberalizadora con influencia sobre los procesos tunecino y argelino, por lo que se impuso como realidad objeto del debate el Norte de Africa, con la excepción de Libia.

Objetivos que además se alcanzaron en la celebración de este Coloquio fueron la experiencia muy productiva en el plano de la colaboración entre institutos y universidades tanto europeas como magrebíes; y también fue una especie de «jornada de reflexión» y de prospección sobre los procesos que, un mes más tarde, tuvieron lugar en Túnez y Argelia.

A partir de estos planteamientos, el libro se estructura en tres partes, precedidas de una Introducción de la que son autores los editores de la obra sobre *Elecciones y transiciones en tiempos críticos*. La primera parte está dedicada a «Transiciones políticas en el Mediterráneo», estudiando en un primer apartado «Los regímenes norteafricanos ante los cambios en la comunidad internacional» que contiene los trabajos que tratan sobre el Magreb y Europa: consideraciones históricas sobre el Mediterráneo y el Magreb central (M. Brondino), la U.M.A. y la C.E.E. (P. Balta), España y el Magreb (M. A. Moratinos) y Europa y el Magreb (R. Gallissot). Un segundo apartado trata sobre «Modelos de transición política en el sur del Mediterráneo»: transiciones políticas y regímenes electorales (D. Nohlen), democratización en regímenes magrebíes (M. Camau) y poder y emigración en Marruecos: el Rif y el Sous (P. de Mas).

La segunda parte estudia el tema de «Corrientes políticas, participación y democratización en el Norte de Africa» analizando en su primer apartado la «Crisis del partido único y virtualidad del pluripartidismo» con las comunicaciones sobre sistema totalitario y pluralismo en Túnez (M. Kraiem), aspectos del pluralismo sin democracia (M. Makram-Ebeid) y el F.L.N. argelino (J.-C. Vatin). El segundo apartado, con el título de «Factores de impulso y resistencias a la democratización» recoge los trabajos sobre los islamistas y la democracia (F. Burgat), las agitaciones en Marruecos (A. Saaf), ley electoral y sistema político en Egipto (G. Martín Muñoz) y partidos políticos y elecciones en Marruecos (M. Schimi).

La parte tercera y última versa sobre «Ritos y riesgos de los procesos electorales en

Africa del Norte» conteniendo en un apartado único: «Práctica, legitimación y perspectivas electorales» las comunicaciones sobre la legislación magrebí y el pluripartidismo (B. López García), las elecciones locales en Argelia y el multipartidismo (S. Cheikih), reflexiones sobre la experiencia electoral marroquí (J.C. Santucci) y elecciones y democracia en Túnez (M.H. de Larramendi).

En definitiva, como ya se ha indicado, se trata de una obra de contenido muy completo y sugerente que ofrece una visión totalmente actualizada y de conjunto de la situación política en nuestros días de los países del Norte de Africa, en especial del Magreb –tan próximo por tantas razones a nosotros– y de Egipto, en el proceso incierto de democratización con la transición hacia el pluripartidismo.

*J. U. Martínez Carreras*